

VIDAS PARALELAS: FRANCESCO AN TOMMARCHI Y ALEJANDRO PROSPERO REVEREND

Escribe: FERNANDO SERPA FLOREZ

Este artículo ha sido escrito en forma exclusiva para el Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis-Angel Arango como una colaboración del Colegio Máximo de las Academias de Colombia.

Tanto Francesco Antommarchi, el médico que atendió a Napoleón en sus postreros días de Santa Elena, como Alejandro Próspero Réverend, quien prestó los cuidados de la ciencia a Bolívar en San Pedro Alejandrino, han llegado a la historia, y en ella se encuentran, gracias a su actuación en esos momentos decisivos. Actuación signada con el sello heroico y dramático de la hora suprema de estos genios.

Su comportamiento los hizo dignos del destino que la casualidad puso en sus manos. A la verdad, ninguno de los dos se distinguió por la profundidad de sus conocimientos, ni porque hubiese hecho un aporte especial al acervo científico de la medicina. Pero el azar jugó con ellos su voluble suerte y supieron aprovecharla generosamente.

Al analizar estas dos vidas, sin embargo, y tratar de compararlas, hallamos una notoria ventaja en la personalidad de Alejandro Próspero Réverend. Fue este más consagrado, más leal; se compenetró más con su paciente.

Antommarchi tuvo algunas graves disputas con Napoleón, quien le criticó que en más de una ocasión, cuando su salud quebrantada le necesitaba, se hallaba en Jamestown, la ciudad isleña, esparciéndose, o se dedicaba a dar paseos a caballo. Esto, no obstante, puede tener una explicación, como veremos luego; de otra parte, el comportamiento de Antommarchi en los últimos días estuvo a la altura de las circunstancias. Napoleón lo comprendió así y para compensarle le dejó un legado.

De todos modos, para lanzar un juicio habría que colocarse en la situación del médico, compartiendo el destierro del emperador por tanto tiempo y hostilizado de continuo por el severo gobernador sir Hudson Lowe.

Napoleón, que siempre tuvo en la corte muy notables médicos de cámara y se esforzó, como estadista, por estimular la ciencia, cuando

salió de Europa desterrado no pudo llevar ninguno de su comitiva. Manigault, que le acompañó hasta Tolón, detuvo aquí su viaje al saber que el prisionero iba a ser enviado a la insalubre isla de Santa Elena.

Antes que Antommarchi, Napoleón tuvo dos médicos en el destierro: el primero irlandés, de apellido O'Meara, era cirujano del "Bellerophon", barco en que llegó Napoleón a Santa Elena. Pero el gobernador de la isla, sir Hudson Lowe, lo hizo destituir del puesto, como también al sucesor de aquél, John Stokoe.

Lowe, individuo desconfiado y pérfido, creía que la amistad de ellos con su paciente hacía peligrar el cautiverio. De ahí que las noticias que llegaban a Francia de la salud de Napoleón eran alarmantes. El malsano ambiente de la isla, en especial en la llanura desolada de Longwood, donde se halla su pequeña residencia y el riguroso trato que sir Hudson Lowe daba al desterrado, agravaban su mal.

La familia de Bonaparte al fin logró que se le permitiera enviar un médico de confianza para Napoleón, y escogieron a Francesco Antommarchi, movidos, tal vez, por el hecho de que también había nacido en Córcega. Antommarchi tuvo a su cuidado la preciosa vida de Napoleón durante año y medio. El emperador presentaba ya, muy claramente, los síntomas de la enfermedad que lo llevó a la tumba (cáncer del estómago?)

Su color era terroso y sufría agudos dolores en el hipocondrio derecho; la salud de Bonaparte, de suyo frágil, se resentía por los embates del ambiente; en su húmeda casa de cautivo pasaba las noches tiritando. Si a esto se agrega la desesperanza del águila prisionera y la vigilancia estricta que sobre él desplegaba su carcelero (que le controlaba inclusive sus paseos a caballo) nos podremos dar una idea de la situación que halló el nuevo médico del emperador.

Con este cuadro inició una terapéutica dirigida a crear nuevos centros de interés en el paciente: le insinuó la conveniencia de cultivar los jardines de su residencia y en esta labor emplea sus energías el vencedor de cien batallas. De tal manera que obtuvo una mejoría hasta cierto punto psíquica de su dolor.

Antommarchi había estudiado en Italia, pero sus conocimientos eran más bien teóricos. Bonaparte, que tuvo médicos expertos en su séquito siempre, no podría menos de desconfiar de este médico de treinta años. Por lo demás, nunca fue partidario de ingerir remedios y su genio, irascible en los últimos tiempos, le hacía tener frecuentes disgustos con su médico que para los biógrafos del gran hombre, estaban dirigidos más bien a evitar sospechas de sir Hudson Lowe, que pudieran alejar a aquel de la isla.

La salud de Napoleón siempre fue precaria y la curva de sus victorias corrió paralela a sus épocas de bienestar. En Rusia, acosado por el dolor tuvo que hacer verdaderos prodigios de autodomínio para mantenerse impávido; "la tienda de un jefe es transparente", decía.

Luego, el armisticio de Fontainebleau, también fue precedido por un decaimiento de sus resortes físicos. La voluntad de hierro del gran

curso sostenía este cuerpo enfermizo; de joven, su pecho enflaquecido muestra estigmas de tuberculosis y ya en la época en que era primer cónsul su secretario le oía decir, mientras oprimía su hipocondrio derecho: ¡cómo sufro...!

Para algunos la posición característica de Napoleón, con la mano entre el chaleco y haciendo presión sobre el abdomen, se debía a que en esta forma obtenía alivio para su dolor. Repasemos pues los célebres cuadros de Juan Bautista Isabey en que aparece Bonaparte en los jardines de la Malmaison, o el de Luis David en que el emperador se halla en su estudio: en ambos la actitud es clásica. Asimismo, parece que los baños a temperatura elevada (perfumados con agua de colonia a profusión) le disminuían los dolores; estos baños duraban largas horas y durante ellos, muchas veces, despachaba los asuntos de estado.

Los documentos de Bonaparte en el destierro son suficientemente conocidos y no hacen parte de este estudio, en gracia a la brevedad. El siempre recordaba a su Francia y al aguilucho prisionero en Metternich en la jaula de oro del palacio de Schoenbrun. Por paradojas de la suerte, el joven rey de Roma, ahora duque de Reichstadt, por quien preguntaba insistentemente su padre, no continuaría la dinastía: la tuberculosis hizo presa de su cuerpo sometido a una educación sui géneris que iba desde el extremado rigor de la disciplina militar, con las heladas madrugadas de invierno revistando a sus escuadrones de ulanos, entre los estremecimientos de los accesos de tos, hasta una libertad en los festines y el amor que quebrantaron aún más su débil naturaleza.

El ocaso final de Bonaparte tuvo la austera solemnidad de las tragedias clásicas. Francesco Antommarchi, preocupado por la franca decadencia del emperador, llamó en junta a un colega.

Napoleón día a día empeoraba; no obstante, el médico llamado a rendir concepto dice que Bonaparte simula sus dolores. Antommarchi continúa velando por la vida del gran corso hasta el luctuoso cinco de mayo; él hace la autopsia de Napoleón y toma la mascarilla del héroe...

Alejandro Próspero Réverend, médico de Bolívar, vive sus primeros años en forma un tanto novelesca. Oficial de un regimiento de caballería de Bonaparte, actúa en la funesta campaña del Loira; derrotada Francia y viendo que en la carrera de las armas bien poco podría hacer, ingresa en la escuela de medicina de París, donde es discípulo, entre otros, de Dupuytren, el célebre cirujano.

Había nacido en la ciudad de Falaise, en Normandía, en 1796. Su padre también fue militar. Por diversos motivos, entre otros su ánimo juvenil revolucionario que chocaba con las instituciones implantadas por la monarquía, resuelve emigrar a América y se establece en Jamaica. De aquí pasa a Nueva Granada y el general Montilla le nombra cirujano del Hospital Militar de Santa Marta. Dicen, quienes le trataron, que era de naturaleza afable; distinguido en sus modales y parece que, si bien sus conocimientos médicos no eran muy grandes, y ha tenido críticos apasionados por su actuación científica con Bolívar, era seguramente la per-

sona más indicada en Santa Marta para atender al Libertador, quien había obtenido buenas referencias de él en Cartagena.

Del último médico de Bolívar dice el eminente historiador Jorge Wills Pradilla en su libro sobre la agonía, la muerte y los funerales del Libertador, en que consigna el diario de Réverend, verdadera curiosidad bibliográfica que deberá consultarse siempre que se quiera hacer una biografía completa de Bolívar: "fue su médico de cabecera (Réverend), su único médico, el confidente de sus penas mortales y el consuelo de tantos infortunios".

El general Mariano Montilla lo presentó al Libertador; Bolívar, herido de muerte, llegaba a morir a las playas del Caribe, cerca de la hidalga ciudad de don Rodrigo de Bastidas. La tuberculosis, que muchos años atrás había hecho presa de su madre, consumía la vida del genio de América.

Réverend, en su "diario", anotó cuidadosamente los datos referentes a la enfermedad de Bolívar. Día a día consignaba los progresos del mal en sus "treinta y tres boletines", de los que no podemos sustraernos de copiar el primero: "Su excelencia llegó a esta ciudad de Santa Marta a las siete y media de la noche, procedente de Sabanilla, en el bergantín nacional Manuel, y habiendo venido a tierra en una silla por no poder caminar, le encontré en el estado siguiente: cuerpo muy flaco y extenuado, el semblante adolorido y una inquietud de ánimo constante. La voz ronca, una tos profunda con esputos viscosos y de color verdoso. El pulso igual pero comprimido. La digestión laboriosa. Las frecuentes impresiones del paciente indicaban padecimientos morales. Finalmente, la enfermedad de su excelencia me pareció ser de las más graves, y mi primera opinión fue que tenía los pulmones dañados. No hubo tiempo de preparar un método formal; solamente se le dieron unas cucharadas de un elixir pectoral compuesto en Barranquilla. Santa Marta, diciembre 1º de 1830, a las ocho de la noche. Réverend".

Los últimos días de Bolívar fueron seguidos minuto a minuto por su médico, que fue testigo de la última prodigiosa alocución de Bolívar, del diez de diciembre. También dejó escritos algunos apuntes biográficos de los postreros días del Libertador, que nos lo muestran tal como era, en la grandiosa magnitud de su espíritu.

Cuando el doliente cortejo que conducía al Libertador moribundo a la hacienda de San Pedro Alejandrino, ofrecida por don Joaquín de Mier y Benítez, detuvo su paso breves instantes ante la casa de éste en Santa Marta, la esposa del hidalgo que se hallaba en la puerta, pidió, en francés, a su marido que demorara un momento la comitiva, pues quería saludar a Bolívar. Don Joaquín contesta en el mismo idioma que la salud del gran hombre hace que este pedido constituya una molestia para el enfermo y ordena seguir su camino al coche que lleva a Bolívar. Pero el Libertador, que ha escuchado la conversación, haciendo un esfuerzo inusitado, desciende del landó que lo lleva, toma entre sus manos la blanca mano de la dama y besándola le dice que aún tiene fuerzas para rendir un homenaje a una señora. La silenciosa comitiva observa el galante gesto del agonizante y luego prosigue su marcha...

El 17 de diciembre Réverend hacía su entrada en la historia cuando a la una de la tarde toma por vez postrera el pulso de Bolívar. Años después el gobierno solicitó sus honorarios y no quiso aceptar recompensa alguna: “¿Qué más premio que el honor insigne de haber sido su médico?”, decía.

Cuando a los 85 años de edad fallecía en Santa Marta, quizá recordaba sus días con Bolívar, cuando éste le preguntaba:

—Y qué vino a buscar a estas tierras?

—La libertad.

—Y usted la encontró?

—Sí, mi general.

—Usted es más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado!

Y tal vez pensaba entonces que en ese 17 de diciembre de 1830 por fin halló la suprema liberación el hombre que había libertado a un continente.
